

Sali à gozar mis venturas
alegre, de ver que en premio
de mi amor, sino me amava,
le agradecia à lo menes.

Pequeña juzgava el alma
de su viveza aposento,
estimando por favores
sus desdenes, y despegos.

Adorava sus engaños,
aumentando en mis deseos,
sus gracias, para adorarle,
que engañado devaneo!

Quien pensava, dueño ingrato,
que estas cosas que refiero
aumentaran de tu olvido
el apresurado intento?

Bien hazes de ser cruel,
injustamente me quexo,
pues siempre son los dichosos
aquellos que quieren menos.

Tu amor murmura la Aldea,
mirando en tu pensamiento
nuevo dueño de tu gusto,
y en tus ojos nuevo empleo.

T yo como te quiero, lloro tu olvido,
y tus desdenes siemo.

No fuera verdaderamente agrada-
decido tan illustre auditorio, sino
dieran à la hermosa Lisis las gra-
cias de su voz; y asì con las mas
corteses, y discretas razones que su-
po D. Francisco, padre de D. Iuan,
en nombre de todos mostrò quanto
estimavan tan engrandecido favor;
dando con esto a la hermosa dama,
a pesar del mal, aumento en su be-
lleza; con las nuevas colores que a
su rostro vinieron, ya D. Iuan, pa-
ra caer en la cuenta de su poco
agradecimiento, si bien bolviendo à
mirar a Lissarda, bolviò a enredarse
en los lazos de su hermosura, mas
viendola prevenirse de asiento mas
acomodado, para referir la maravi-
lla, que le tocava dezir esta prime-
ra noche, la qual viendo, que to-
dos, colgados de su dulce boca, y
bien entendidas palabras, aguarda-
van que empegasse, buscando las
mas discretas que pudo dilatarle su
claro entendimiento, y estremado
donayre, dixo asì:

NOVELA PRIMERA.

Aventurarse Perdiendo.

EL nombre, hermosissimas da-
mas, y nobles cavalleros de mi
maravilla es, aventurarse per-
diendo, porque en el discurso
della, vereis, como para ser vna
muger desdichada, quando su
estrella inclina a serlo, no baf-

tan exemplos, ni escarmientos: si
bien, serviria el oirla de aviso, pa-
ra que no se arrojen al mar de sus
desenfrenados deseos, fiadas en
la barquilla de su flaqueza, tex-
miendo que en el se aneguen, no
solo las flacas fuerzas de las muge-
res,

res, fino los claros, y heroycos entendimientos de los hombres, cuyos engaños es razon que se teman, como se verá en mi maravilla, que es la siguiente.

Por entre las asperas peñas de Monferrate, suma, y grandeza del poder de Dios, y milagrosa admiracion de las excelências de su divina Madre, donde se ven en divinos misterios, efectos de sus misericordias, pues sustenta en el ayre la punta de vn empinado monte, a quien há dessempleado los demàs, sin mas ayuda que la que le dà el cielo, q̄ no es la de menos consideracion, el milagroso, y sagrado tēplo, tan adornado de riquezas, como de maravillas: tantos son los milagros que ay en èl, y el mayor de todos, aquel verdadero retrato de la Screnissima Reyna de los Angeles, y S. N. Despues de averla adorado, ofreciendole el alma llena de devotos afectos, y mirado con atención aquellas grandiosas paredes, cubiertas de mortajas, y muletas, cō otras infinitas insignias de su poder, subia Fabio, ilustre hijo de la noble Villa de Madrid, ilustre, y adorno de su grandeza, pues con su excelente entēdimiento, y conocida nobleza, amable condicion, y gallarda presència, la adorna, y enriqueze tanto, como qualquiera de sus valerosos fundadores, y de quien ella, como madre, se precia mucho. Llevava este virtuoso mancebo, por tan asperas malezas, desseos piadosos de ver en ellas las devotas celdas, y penitentes Monjes, que han

muerto al mundo, por vivir para el Cielo. Despues de aver visitado algunas, y recibido sustento para el alma, y cuerpo, y considerando la santidad de sus moradores, pues obligan con ella a los fugitivos paxarillos, a venir a sus manos, a comer las migajas que les ofrece. Caminando a lo mas remoto del monte, por ver la nombrada cueva, que llaman de San Anton; así por ser la mas aspera, como prodigiosa, respecto de las cosas que alli se ven, tanto de las penitencias de los que la habitan, como de los assombros que les hazen demonios; que se puede dezir, que salen de ellas con tanta calificacion de espiritu, que cada vno por si, es vn San Anton. Cansado de subir por vna estrecha senda, respecto de no dàr lugar su aspereza a ir de otro modo, que a pie, y aver dexado en el Convento la mula, y vn criado que le acompañava, se sentò a la margen de vn pequeño arroyuelo, que derramando sus perlas entre menudas yervezillas, descolgandose con folegado rumor de vna hermosa fuente, que en lo alto del monte goza regalado asiento, pareciendo alli fabricada, mas por manos de Angeles, que de hombres, para recreo de los Santos Ermitaños, que en èl habitan; cuya musica, y cristalina risa, yà que no la vian los ojos, no dexava de agradar a los oidos. Y como el caminar a pie, el calor del Sol, y la aspereza del camino le quitassen parte de el

animoso brio, quiso recobrar alli el perdido aliento. Apenas dió vida à su cansada respiracion; quando llegò à sus oidos vna voz muy suave, que en baxos acentos mostrava no estàr muy lexos el dueño. La qual tan baxa, como triste, por servirle de instrumento la humilde corriente, y pensando que nadie la escuchava, cantò así:

*Quien pensava que mi amor,
escarmentado en mis males,
cansado de mis desdichas,
no huviera muerto cobarde*

*Quien le vió escapar huyendo
de ingratitudes tan grandes,
que crea, que en nuevas penas
buelva de nuevo à eniaçarme*

*Mal ayán de mis finezas,
tan descubiertas verdades,
y mal ayá quien llabò
à las mugeres mudables*

*Quando de tus sinrazones,
pudiera, Celio, quejarme,
quiere amor que no te olvide,
quiere amor que mas te ame.*

*Desde que sale la Aurora,
hasta que el Sol vá à bañarse
al mar de las playas Indias,
lloro firme, y siento amarme*

*Buelve à salir, y me halla,
repasando mis pesares,
sufriendo tus sinrazones,
llorando tus libertades.*

*Bien conozco que me carso,
sufriendo penas en balde
que lagrimas en ausencia,
cuestan mucho, y poco valen.*

*Vine à estos montes huyendo,
de que ingrato, me maliciases,*

*pero mas firme te adoro,
que en mi es sustento el amarte.*

*De tu vida me libre,
pero no pude librarme
de un pensamiento enemigo,
de una voluntad constante.*

*Quien vió cercado el Castillo,
quien vió combatida nave,
quien vió cautivo en Argel,
tal estoy, y sin mudarme.*

*Mas pues, te elegi por dueño,
matadme, penas matadme,
pues por lo menos dirán,
murió; pero sin mudarse.*

*Ay bien sentidos males,
impoderosos seréis para matarme,
mas no podéis hazer
que amor se acabe.*

Con tanto gusto escuchava Fabio la lastimosa voz, y bié sentidas queexas, que aunque el dueño dellas nó era el mas diestro que huviesse oido, casi le pesò de que acabasse tan presto. El gusto, el tiempo, el lugar, y la montaña le davan deseo de que passara adelante, y si algo le consolò el no hazerlo, fue el pensar que estava en parte que podria presto con la vista dar gusto al alma; como con la voz avia dado aliento à los oidos; pues quando la causa fuera mas humilde, oir cantar en vn monte, le era de no pequeño alivio, para quien no esperaba sino el aullido de alguna bestia fiera. En fin Fabio alentado mas q antes, prosiguiò su camino en descubrimiento del dueño de la voz que avia oido; pareciendole no estar en tal parte sin causa, llevándole enternecido, y lastimado, oír que-

queñas en tan áspera parte. Notable piedad, y generosa acción enternecerse de la pasión ajena. Iba Fabio tan deseoso de hablar al lastimado músico, que no ay quien sepa encarecerlo: y porque no se escondiese, iba con todo el silencio posible. Siguiendo en fin por la margé de la cinta de cristal, buscando su hermoso nacimiento, pareciéndole, q̄ sería el lugar q̄ atesorava la joya, q̄ à su parecer buscava cō alguna sospecha de lo mismo q̄ era; y no se engañò, porque acabando de subir à vn pradillo, q̄ en lo alto del monte estava, morada sola para la casta Diana, ò para alguna desesperada criatura al qual hazia por vna parte espaldas vna blanca peña, de dōde salia vn grueso pedaço de cristal, sabroso sustento de las flores, verdes romeros, y graciosos tomillos, viò recostado en ellos vn moço, que al parecer su edad estava en la primera de sus años, vestido sobre vn calçon pardo, vna blanca, y erizada piel de algun cordero, su çurron, y cayado junto a si, y con sus abarcas, y mōtera. Apenas le viò, quando conociò ser el dueño de los cantados versos, porque le pareció estàr suspenso, y triste, llorando las pasiones que avia cantado. Y fino le desengañara à Fabio la voz que avia oido, creyera ser figura desconocida, hecha por adorno de la fuente tan inobil le tenia sus cuydados. Tenia vn nudo hecho de sus blancas manos, tales que pudieran dár envidia à la nieve, si ella de corri-

da no huviera desamparado la montaña. Si su rostro se la dava al Sol; digalo la poca ofensa que le hazian sus rayos, dues no les avia concedido tomar posesión en su belleza, ni exercer la comisión q̄ tienen contra la hermosura. Tenia esparcidas por entre las olorosas yervas, vna manada de obejas: mas por dár motivo à su trage, q̄ por el cuydado q̄ mostrava tener cō ellas porq̄ mas eran terceras de traerle perdido. Era la suspensión del hermoso moço tal, q̄ diò lugar à Fabio de llegarle tan cerca, que pudo notar q̄ las doradas flores del rostro desdeñan el traje, porque a ser hombre, ya devia dorar la boca el tierno vello; y para ser muger era el lugar tan peligroso, q̄ casi dudò lo mismo q̄ via; mas viendose en parte, que casi el mismo engaño le culpava de poco atrevido, se llegó mas cerca, y le saludò con mucha cortesía. A la qual el embelesado çagal bolviò en si, con vn ay tã lastimoso, que parecia ser el vltimo de su vida; y como aun no le avia la montaña quitado la cortesía, viendo a Fabio, se levantò, haziendosela con discretas caricias, preguntándole de su venida por tal parte. A lo qual Fabio, despues de agradecer sus cortesés razones, satisfizo desta fuerte. Yo soy vn Cavallero de Madrid, vine à negocios importantes a Barcelona, y como les di fin, y era fuerça bolver a mi patria, no quiso ponerlo en execucion, hasta ver el milagroso Tèplo de Monserrate. Visitè devoto, y

quise piadoso, ver las Ermitas que ay en esta montaña. Y estando descansando entre estos olorosos tomillos, oí tu lastimosa voz, que me suspendió el gusto, y animó el deseo, por ver el dueño de távien seditas quejas, conociendo en ellas q̄ padeces firme, y lloras mal pagado; y viendo en tu rostro, y en tu presencia, q̄ tu ser no es lo q̄ muestra tu trage, por q̄ ni viene el rostro con el vestido, ni las palabras cō lo q̄ procuras dár a entender, te he buscado, y hallo que tu rostro desmiente a todo, pues en la edad passas de muchacho, y en las pocas señales de tu barba, no muestras ser hombre; por lo qual te quiero pedir en cortesía; me saques desta duda, asegurádote primero, que si soy parte para tu remedio, no lo dexas por imposibles que lo estorven, ni me embies desconsolado, que sentiré mucho hallar vna muger en tal parte, y con esse trage; y no saber la causa de su destierro, y ansimismo no procurarle remedio. Atento escuchava el moço al discreto Fabio, dexando de quando en quando caer vnas cansadas perlas, que con lento passo buscavan por centro el fuelo. Y como le vió callar, y que aguardava respuesta, le dixo: No deve de querer el Cielo, señor cavallero, que mis passiones estén ocultas, ò por q̄ aya quien me las ayude a padecer, ò por q̄ se deve de acercar el fin de mi cansada vida; y pretenden que queden por exēplo, y escarmiento a las gentes; pues quando creí que solo Dios, y estas peñas

me escuchavan, te guió à tí, llevádo de tu devocion, a esta parte, para que oyesses mis lastimas, y passiones, que son táticas, y venidas por tan varios caminos, que tengo por cierto que te haré mas favor en callarlas, que en dezirlas, por no darte que sentir; demás de que es tan larga mi historia, que perderás tiempo si te quedas à escucharla. Antes, replicó Fabio, me has puesto en tanto cuydado, y deseo de saberla; que si me pensasse quedar hecho, salvege a morar entre estas peñas, mientras estuviéres en ellas, no he de dexarte, hasta que me la digas, y te saque, si puedo, desta vida, que si podré, à lo que en tí miro, pues a quien tiene tanta discrecion, no será dificultoso persuadirle, que escoja mas descansada, y menos peligrosa vida, pues no la tienes segura, respecto de las fieras que por aqui se crian, y de los Vandoleros que en esta montaña ay; q̄ si acaso tienen de tu hermosura el conocimiento que yo; de creer es, que no estimará tu persona cō el respecto que yo la estimo; pues si así es, dixo el moço, sientate, señor, y oye lo que hasta ora no ha sabido nadie de mí, y estima el fiar de tu discreción, y entendimiento, cosas tan prodigiosas, y no sucedidas, sino a quien nació para extremo de desventura, q̄ no hago poco, sin conocerte, supuesto, que de saber quié soy corre peligro la opinion de muchos devotos nobles que tengo, y mi vida cō ellos; pues es fuerza, q̄ por vengarse me la quiten. Agradeció Fabio,

bio, lo mejor que supo, y supo bien, el quererle hazer archivo de sus secretos, y asegurandole, despues de averle dicho su nombre, de su peligro, y sentandose juntos, cerca de la fuente, empecò el hermoso zagal su historia, desta suerte: Mi nombre, discreto Fabio, es Iacinta, que no se engañaron tus ojos en mi conocimiento; mi patria Baeza, noble Ciudad de la Andaluzia, mis padres nobles, y mi hacienda bastante a sustentar la opinion de su nobleza. Nacimos en casa de mi padre, vn hermano, y yo, èl para tristeza fuya, y yo para su deshòra; tal es la flaqueza en q̄ las mugeres somos criadas, pues nose puede fiar a nuestro valor nada, porque tenemos ojos, que a nacer cigas, menos sucesos huviera visto el mudo, que al fin vivieramos seguras de engaños. Faltò mi madre al mejor tiempo, que no fue pequeña falta pues su compañía, gobierno, y vigilancia fuera mas importante a mi honestidad, que no los descuydos de mi padre, que no le tuvo en mirar por mi, y darme estado (yerro notable de los que aguardan a que sus hijas le tomen sin gusto) queria el mio a mi hermano ternissimamente, y esto era solo su desvelo, sin que se le diese yo en cosa ninguna: no sè que era su pensamiento, pues avia hacienda bastante para todo lo que quisiera emprender. Diez y seis años tenia yo, quando vna noche, estando durmiendo, soñava que iba por vn bosque amenissimo, en cuya espesura, hallè

vn hombre tan galan, que me pareciò (ay de mil Y como hize despierta experiencia dello) no averle visto en mi vida tal; traia cubierto el rostro con el cabo de vn ferreruero leonado, con passamanos, y alamares de plata. Parème à mirarle, agradada del talle, y deseosa de ver si el rostro conformava con èl: con ayroso atrevimiento lleguè a quitarle el reboço, y apenas lo hize, quando sacando vna daga, me diò vn golpe tan cruel por el coraçon, que me obligò el dolor a dar voces, a las quales acudieron mis criadas, y desperandome del pesado sueño, me hallè sin la vida del que me hizo tal egravio, la mas apasionada, que puedas pensar, porque su retrato se quedò estampado en mi memoria, desuerte, que en largo tiempo no se apartò della. Descava yo, noble Fabio, hallar para dueño vn hombre de su talle, y gallardia, y traíame tã fuera de mi esta imaginaciõ, que le pintava en ella, y despues razonava con èl, desuerte, que a pocos lances me hallè enamorada, sin saber de quiè; y me pudes creer, que si fue Narciso moreno, Narciso era el que vi. Perdi con estos pensamientos, el sueño, y la comida; y tras esto, el color de mi rostro, dâdo lugar a la mayor tristeza que en mi vida tuve; tanto que casi todos reparavã en mi mudança. Quien viò, Fabio, amar vna sombra, pues aunque se cuenta de muchos que han amado cosas increíbles, y môstruosas, por lo

menos tenían forma à quien querer. Disculpa tiene conmigo Pigmaleon, que adorò la imagen, que despues Iupiter le animò; y el mácebo de Athenas, y los que amarò el Arbol, y el Delfin; mas yo q̄ no amava sino vna sombra, y fantasia, què sentirà de mi el mundo? Quien duda que no creerà lo que digo, y si lo cree, me llamarà loca? Pues doyte mi palabra, à ley de noble, que ni en esto, ni en lo demàs que te dixere, adelante nada mas de la verdad. Las consideraciones que hazia, las reprehensiones que me dava, creeme que eran muchas; y assimismo que mirava con atencion los mas galanes moços de mi patria, cõ deseo de aficionarme de alguno, que me librasse de mi cuydado, mas todo parava en bolverme a querer a mi amante soñado, no hallando en ningunho la gallardia que en aquel. Llegò à tanto mi amor, que me acuerdo, que hize à mi adorada sombra vnos versos, que si no te cansasses de oirlos te los dirè, que aunque son de muger, tanto mas grandeza, porque à los hombres no es justo perdonarle los yerros que hizieron en ellos, pues los estàn adornando, y purificando con arte, y estudios; mas vna muger, que solo se vale de su natural, quien duda, que merece disculpa en lo malo, y alabanza en lo bueno? Di hermosa Iacinta tus versos, dixo Fabio, que serà para mi de mucho gusto, porque aunque los sè hazer cõ algũ acierto, precieome tan poco dellos, que

te juro, q̄ siempre me parece mejor los agenos, que los mios. Pues si asì es, replicò Iacinta, mientras durare mi historia, no he menester pedirte licencia para dezir los que hizieren a proposito; y asì digo que los que hize, son estos:

*Ya adoro lo que no veo,
y no veo lo que adoro
de mi amor la causa ignoro,
y hallar la causa deseo:
mi confuso devaneo
quien le acertara à entender;
pues sin èr vengo à querer
por sola imaginacion,
inclinando mi eficion
à un sèr, que no tiene sèr.*

*Que enamore vna pintura,
no serà milagro nuevo,
que aunque tal amor no apruebo,
ya en efecto es hermosa:
mas amar à vna figura,
que acaso el alma fingió,
nadie tal locura viò;
porque pensar que he de hallar
causa que està por criar,
quien tal milagro pidió?*

*La herida del cor. con
vierte sangre, mas no muero;
la muerte con gusto espero,
por acabar mi passior:
de Estado fuera ruzon,
quando no muero, dormir;
mas como puedo pedir
vida, ni muerte à un sugeto,
que no tuvo de pens. lo
mas sèr, que saber berr?*
*Dame, Cielo, si has criado,
aqueste sèr, que deseo,
de mi voluntad empleo,*

*y antes que nacido, amado;
mas que pide un desdichado,
quando sin suerte nació?
Porque à quien le sucedió,
de amor milagro tan feo,
que le ocupasse el deseo
amante, que en sueños vió?*

Quien pensara, Fabio, que avia de ser el Cielo tan liberal en darme aun lo que no le pedi? Porque como deseava impossibles no se atrevia mi libertad à tanto, sino fue en estos versos, que fue mas gala, que peticion. Mas quando vno ha de ser desdichado, también el cielo permite su desdicha. Vivia en mi mismo lugar vn Cavallero, natural de Sevilla, del nobilissimo linage de los Ponces de Leon, apellidado tã conocido, como calificado, que aviendo hecho en su tierra algunas travessuras de moço, se desnaturalizó della; y casò en Baeza con vna señora su igual, en quien tuvo tres hijos, la mayor, y menor hembras, y el de enmedio varon. La mayor casò en Granada, y con la mas pequeña entretenia la soledad, y ausencia de Don Felix, que este era el nombre del gallardo hijo, que deseando que luziesse en el valor, y valentia de sus illustres antecessores, seguia la guerra, dando ocasion con sus valerosos hechos, à que sus deudos, que eran muchos, y nobles, como lo publican las excelentes casas de los Duques de Arcos, y Condes de Baylen, le conociesen por rama de su descendencia. Llegò este noble Cavallero à la flo-

rida edad de veinte y quatro años, y aviendo alcançado por sus manos vna vanderá, y despues de averla servido tres años en Flandes, diò la buelta à España, para pretender sus acrecentamientos; y mientras en la Corte se disponian, por mano de sus deudos, se fue à ver à sus padres, que avia dias que no los avia visto, y que vivian con este deseo. Llegò Don Felix à Baeza, al tiempo que yo, sobre tarde, ocupava vn balcon, entretenida en mis pensamientos: y siendo forçoso aver de passar por delante de mi casa, por ser la suya en la misma calle, pude, dexando mis imaginaciones, poner los ojos en las galas, criados, y gentil presencia, y deteniendome en ella mas de lo justo, vi tal gallardia en èl, que querertela significar, fuera alargar esta historia, y mi tormento. Vi en efecto el mismo dueño de mi sueño, y aun de mi alma, porque sino era èl, no soy yo la misma Iaciata, que le viò, y le amò mas que à la misma vida q̄ posseò. No conocia yo à D. Felix, ni èl à mi, respecto de que quando fue à la guerra quedè tan niña, que era impossìble acordarme, aunque su hermana Doña Isabel, y yo eramos muy amigas. Mirò D. Felix al balcon, viendo que solos mis ojos hazian fiesta à su venida, y hallando amor ocasion, y tiempo, executò en èl el golpe de su dorada saeta, que en mi ya era escusado su trabajo, por tenerlo hecho. Y asì de passo me dixo: Tal, ò yà ferà mia, ò yo perderè la vida. Qui-

fo el alma dezir: ya lo soy, mas la verguença fue tan grande como el amor, a quien pedi con hartas sumisiones, y humildades, me dieffe ocasion, y ventura, pues me aviado causa. No dexò D. Felix perder ninguna de las que la fortuna le diò a las manos; y fue la primera, q̄ avriendome Doña Isabel avisado de la venida de su hermano, fue fuerça el visitarla, en cuya visita me diò Don Felix en los ojos, a conocer su amor tan a las claras, que pudiera yo darle albricias de mi suerte; y como yo le amava, no pude negarle en tal ocasion las justas correspondencias. Y con esto le di ocasion para passear mi calle de dia, y de noche, al son de vna guitarra con la dulce voz, y algunos versos, en que era diestro, darme mejor a conocer su voluntad. Acuerdome, Fabio, que la primera vez que le hablè a solas por vna rexa, me diò causa este Soneto:

*Amar el dia, aborrecer el dia,
llamar la noche, y despreciarla luego
temer el fuego, y acercarse el fuego,
tener à un tiempo pena, y alegria.*

*Estar juntos valor, y cobardia,
el desprecio cruel, y el blando ruego,
tener valiente entendimiento ciego,
atada la razon, libre offadia.*

*Buscar lugar en que alterar los males,
y no querer del mal hazer mudança,
desear, sin saber que se desea.*

*Tener el gusto, y el disgusto iguales,
y todo el bien librado en la esperança
si aquesto no es amor, no sè que sea.*

Dispuesta tenia amor mi perdicion, y así me iba poniendo los lazos en que me enredasse, y los hoyos donde cayesse; porque hallandò la ocasion que yo misma buscava, desde que ohi la musica me baxè a vn aposento baxo de vn criado de mi padre, llamado Sarabia, mas codicioso que leal, donde me era facil hablar, por tener vna rexa baxa, tanto, que no era dificil tomar las manos. Y viendo a D. Felix cerca, le dixè: Si tan acertadamente amais, como lo dezis, dicha fera serà la dama que mereciere vuestra voluntad. Bien sabeis vos señora mia, respondiò D. Felix, de mis ojos, de mis deseos, y de mis cuidados, que siempre manifiestan mi dulce perdicion, que sè mejor querer, que dezirlo; que vos sepais que aveis de ser mi dueño mientras tuyere vida, es lo que procuro, y no acreditarme, ni por buen Poeta, ni mejor musico. Y pareços, repliquè yo, que me estarà bien creer esto que vos dezis? Si, respondiò mi amante, porque hasta dexar quererse, y querer al que ha de ser su marido, tiene licencia vna dama. Pues quien me assegura a mi que vos lo aveis de ser? Le tornè a dezir: mi amor, dixo Don Felix, y esta mano, que si la quereis en prendas de mi palabra, no serà cobarde aunque le cùeste a su dueño la vida. Quien se viera rogada con lo mismo que desea, amigo Fabio, ò que muger despreciò jamás la ocasion de casarse, y mas del mismo q̄ ama, que no acepte luego qualquie-

ra partido; pues no ay tal cebo para en que pique la perdicion de vna muger que este; y assi no quise poner en condicion mi dicha, que por tal le tuve, y tendré siempre que trayga a la memoria este dia. Y sacando la mano por la rexa, tomè la que me ofrecia mi dueño, diciendo: Ya no es tiempo señor D. Felix, de buscar desdenes a fuerza de engaños, ni encubrir voluntades a costa de resistencias, suspiros, y lagrimas; yo os quiero, no tan solo desde el dia que os vi, sino antes; y para que no os tengan confuso mis palabras, os dirè cosas que espanten; y luego le contè todo lo que te he dicho de mi sueño. No hazia D. Felix, mientras yo le dezia estas novedades, para èl, y para quantos lo oyen, sino besarme la mano, que tenia en las suyas, como en agradecimiento de mis penas; en cuya gloria nos cogiera el dia, y aun el de oy, sino huviera llegado nuestro amor a mas atrevimiento. Despedimonos con mil ternezas, quedando muy asentada nuestra voluntad, y con proposito de vernos todas las noches en la misma parte; venciendo con oro el imposible del criado, y con mi atrevimiento el poder llegar alli, respeto de aver de passar por delante de la cama de mi padre, y hermano, para salir de mi aposento. Visitavame muy a menudo Doña Isabel, obligandola a esto, despues de su amistad, el dar gusto à su hermano, y servirle de fiel tercera à su amor. En este sabroso estado, esta-

va el nuestro, sin tratar Don Felix de bolver por entonces a Italia, quando entre las damas a quien rindiò su gallarda presencia, que eran casi todas las de la Ciudad, fue vna prima suya, llamada Doña Adriana, la mas hermosa que en toda aquella tierra se hallava. Era esta señora hija de vna hermana de su padre de D. Felix, que como he dicho, era de Sevilla, y tenia quatro hermanas; las quales por muerte de su padre avia traido a Baeza, poniendo las dos menores en Religion. Alli mismo se casò la que se seguia tras ellas, quedandose la mayor sin querer tomar estado, con esta hermana ya viuda, a quien avia quedado, para heredera de mas de cinquenta mil ducados, esta sola hija, a la qual amava, como puedes pensar, siendo sola, y tan hermosa como te he dicho. Pues como Doña Adriana gozasse muy amenudo de la conversacion de D. Felix, respecto del parentesco, le empeçò a querer con tanto estremo, que no pudo ser mas, como veràs en lo que sucediò. Conocia D. Felix el amor de su querida prima, y como tenia tan llena el alma del mio, dissimulava quanto podia, escusando el darle ocasion a perderse mas de lo que estava; y assi quantas muestras Doña Adriana le dava de su voluntad, con vn desuido desdèño: so se hazia desentendido. Tuvieron, pues, tanta fuerza con ella estos desdenes, que vencida de su amor, combatida dellos, diò consigo en la cama, dando a los Medicos

muy poca seguridad de su vida: Porque, demàs de no comer, ni aun dormir, no queria que se le hiziesse ningun remedio. Con que tenia puesta a su madre en la mayor tristeza del mundo, que como discreta, diò en pensar si seria alguna aficion el mal de su hija; y con este pensamiento, obligando con ruegos a vna criada de quien Doña Andrea se fiava, supo el caso, y quiso como cuerda, ponerle remedio. Llamò a su sobrino, y aviendole dado a entender con lagrimas, la pena que tenia del mal de su hija, y la causa que la tenia en tal estado, le pidió apretadamente, que fuesse su marido, pues en toda Baeza no hallaria casamiento mas rico, que ella alcançaria de su hermano, que lo tuviesse por bien. No quiso D. Felix ser causa de la muerte de su prima, ni dàr con vna desflabrada respuesta, pena a su tia. En esta conformidad le dixo, fiado en el tiempo que avia de passar en venir la dispensacion, que lo tratasse con su padre, que como èl quisiessè, lo tendria por bien. Y entrando a vèr a su prima, le llenò el alma de esperanças, mostrando su contento en su mejoría, acudiendo a menudo a su casa, que asì se lo pedia su tia; con que Doña Adriana cobrò entera salud. Faltava Don Felix a mis visitas, por acudir a las de su prima; y yo desesperada, maltratava mis ojos, y culpava su lealtad. Y vna noche, que quise satisfacer mis zelos, y que por escusar mormuraciones de los vezinos, avia facilitado

con Sarabia el entrar dentro, viendò mis lagrimas, mis quejas, y sentimientos, como amante firme, inculpable en mis sospechas, me diò cuenta de todo lo que con su prima passava, enamorado, mas no cuerdo; porque si hasta alli eran solos temores los mios, desde aquel punto fueron zelos declarados. Y con vna colera de muger zelosa, que no lo pondero poco, le dixe, que no me hablasse en su vida, sino le dezia a su prima que era mi esposo, y que no lo avia de ser suyo. Quise con este enojo irme a mi aposento, y no lo consintió mi amante; mas amoroso, y humilde, me prometió que no passaria el dia que aguardava, sin obedecerme; que ya lo huviera hecho, sino fuera por guardarme el justo decoro. Y aviendome dado nuevamente palabra delante del secretario de mis libertades, le di posesion de mi alma, y cuerpo, pareciendome que asì le tendria mas seguro. Passò la noche mas apriessa que nunca, porque avia de seguirle el dia de mis desdichas; para cuya mañana avia determinado el Medico, que Doña Adriana, tomando vn azerado jarabe, saliesse a hazer exercicio por el campo, porque como no podia verse el mal del alma, juzgava por la pérdida color, que era opilaciones. Y para este tiempo, llevaba tambien mi esposo, librado el defengano de su amor, y satisfacion de mis zelos, porque como vn hombre no tiene mas de vn cuerpo, y vn alma, aunque tenga muchos def-

deffeos, nõ püede acudir à lo vno, sin hazer falta a lo otro; y la passada noche, Don Felix, por averla tenido conmigo, avia faltado a su prima: y lo mas cierto es, que la fortuna, que guiava las cosas mas a su gusto, que a mi provecho, ordenò, que Doña Adriana madrugasse a tomar su azerada bebida, y saliendo en compañía de su tia; y criadas la primera estacion, que hizo, fue a casa de su primo, y entrando en ella con alegria de todos, que le davan como a vn Sol, en parabien de su venida, y salud, se fue con Doña Isabel al quarto de su hermano, que estava reposando lo que avia perdido de sueño en sus amorosos empleos, y le empezó delante de su hermana a pedirle cuenta de aver faltado la noche passada: a quien Don Felix no satisfizo, mas desengaño de suerte, que en pocas palabras le diò a entender, que se cansava en vano, porque demàs de tener puesta su voluntad en mi, estava ya desposado conmigo, y prendas de por medio, que sino era faltandole la vida, era imposible que faltassen. Cubrió estas razones vn desmayo los ojos de Doña Adriana, que fue fuerza sacarla de alli, y llevarla a la cama de su prima, la qual buelta en sí, dissimulando quanto pudo las lagrimas, se despidió della, respondiendole a los consuelos que Doña Isabel le dava, con grandissima sequedad, y despego. Llegò a su casa, donde en vengança de su desprecio, hizo la mayor crueldad que se ha visto, consigo

misma, con su primo, y con migo; ò zelos, que no hareis, y mas si os apoderais de pecho de muger! En lo qual diò principio a su furiosa rabia, fue en escrivir a mi padre vn papel, dandole cuenta de lo que passava, diziendole que velasse, y tuviesse cuenta con su casa, que avia quien le quitava el honor; y con esto aguardò la mañana, que tomando su pitima, y dando el papel a vn criado, que le llevasse a mi padre, yà con el mato puesto, para salir a hazer exercicio, se llegó a su madre algo mas enterrecida que su cruel coraçon le dava lugar, y le dixo: Madre mia, al campo voy, si bolviere, Dios lo sabe. Por su vida, señora, que me abrace, por sino la bolviere a ver, Calla Adriana, dixo alterada su madre, no digas tales disparates, sino es que tienes gusto de acabarme la vida; porque no me has de bolver a ver si ya està tan buena, que ha muchos dias que no te he visto mejor? Vete hija mia con Dios, y no aguardes a que entre el Sol. Porque vuesti merced nõ me quiere abraçar? Replico Doña Adriana; y bolviendo (preñados de lagrimas los ojos) las espaldas, llegó a la puerta de la calle, y apenas fallió por ella, y diò dos passos, quando arrojando vn lastimoso ay, se dexò caer en el suelo. Acudiò su tia, y sus criadas, y su madre, que venia tras ella, y pensando que era desmayo, la llevaron a la camilla, llamando al Medico, para que hiziesse las diligencias posibles, mas

no hubo ninguna bastante , por ser su desmayo eterno ; y declarando que era muerta , la desnudaron para amortajarla , hundiendose la casa a gritos , y apenas le desabotonaron el jubon que llevaba puesto , quando entre sus hermosos pechos , le hallaron vn papel que ella misma escriuia a su madre , en que le dezia , que ella propia se avia quitado la vida con soliman , que avia echado en el xarabe , porque mas queria morir , que ver a su ingrato primo en brazos de otra. Quien a este punto viera a la triste de su madre , de creer es , que se partiera el coraçon por medio de dolor , porque yà de traspassada , no podia llorar , y mas quando vieron que despues de frio el cuerpo se puso muy hinchada , y negra , porque no solo considerava el ver muerta a su hija , sino el aver sido desesperadamente ; y asì puedes considerar , Fabio , qual estaria su casa , y la Ciudad , y yo , que en compaõia de Doña Isabel , fui a ver este espectáculo , inocente , y descuydada de lo que estava ordenado contra mi , aunque confusa de ser yo la causa de tal suceso , porque yà sabia por vn papel de mi esposo , lo que avia pasado con ella . No se hallò al entierro Don Felix , por no irritar al Cielo en vengança de su crueldad , aunque yo le hechè a sentimiento . Enterraron a la desgraciada , y mallograda Dama , facilitando su riqueza , y calidad , los impossibles que pudiera aver , aviendose ella muerta por sus manos . Y con esto

yo me tornè a mi casa , deseando la noche para ver a Don Felix , que apenas eran las nueve , quando me avisò , como ya estava en su aposento (pluguiera a Dios le durara su pesar , y no viniera) aunque a mi paracer se disponia mejor el verle , que otras noches , porque mi padre , ya que estava avifado por el papel de Doña Adriana , se acostò mas temprano , haziendo recoger a mi hermano , y la demàs gente , y yo hize lo mismo , por mas dissimulacion , dando lugar a mi padre , que ayudado de sus desvelos , a pesar de su cuydado , se durmiò tan pesadamente , que le durì el sueño hasta las quatro de la mañana . Yo , como le vi dormido , me levantè , y descalça , con solo vn faldellin , me fui a los brazos de mi esposo , y en ellos procurè quitarle con caricias , y ruegos el pesar que tenia , tratando con admiraciones el suceso de Doña Adriana . Estava Sarabia assentado en la escalera , por espia de mis travessuras , a tiempo que mi padre desfavorido despertò , y levantandose fue a mi cama , y como no me hallasse , tomò vn pistolete , y su espada , y llamando a mi hermano , le diò cuenta del caso ; mas no pudieron hazerlo con tanto silencio , que vna perrilla que avia en casa , no avifasse con voces a mi criado , el qual escuchando atento , oyò passos , llegó a nosotros , y nos dixo , que si queriamos vivir , le siguièsemos , porque eramos sentidos . Hazimollo asì , aunque muy tur-

bados, y ántes que mi padre tuviese lugar de baxar la escalera, yá los tres estavamos en la calle, y la puerta cerrada por de fuera, que esta estucia me enseñò mi necesidad. Considerame Fabio, con solo vn faldellin de damasco, y descálga, porque desta fuerte avia baxado la escalera a verme con mi deseado dueño, el qual con la mayor priessa que pudo me llevó al Convento donde estavan sus tias, siendo ya de dia; llamò a la porteria, y entrando dentro al torno, dandoles cuenta del suceso, en menos de vna hora me hallè detrás de vna red, llena de lagrimas, y cercada de confusion, aunque Don Felix me alentava quanto podia, y sus tias me consolavan, assegurandome todas el buen suceso, pues passada la colera, tendria mi padre por bien el casamiento. Y por si le quisiese pedir a Don Felix el escalamiento de la casa se quedò retraido èl, y Sarabia en el mismo Monasterio, en vna sala, que para su estancia, mandaron aderezar sus tias, desde donde avisò a su padre, y hermana el suceso de sus amores. Su padre, que ya por las señales, se imaginava que me queria, y no le pesava de ello, por conocer que en Baeza no podria su hijo hallar mas principal, ni rico casamiento, pareciendole, que todo vendria a parar en fer mi marido; fue luego a verme, en compañía de Doña Isabel, que proveda de vestidos, y joyas, que supliesen la falta de las mias, mientras se hazian otras, llegó donde

yo estava, dandomè mil consuelos, y esperanças. Esto passava por mi, mientras mi padre, ofendido de accion tan escandalosa, como era averme salido de su casa; si bien lo fuera mas, si yo aguardare su furia, pues por lo menos me costaria la vida, remetiò su vengança a sus manos (accion noble) sin querer por la justicia hazer ninguna diligencia, ni mas alboroto, ni mas sentimiento, que fino le huviera faltado la mejor joya de su casa, y la mejor prenda de su honra. Y con este proposito honrado, puso espías a Don Felix, de fuerte, que hasta sus intentos no se encubrian. Y antes de muchos dias, hallò la ocasion que buscava, aunque con tan poca fuerte, como los demás, por estar hasta entònces la fortuna de parte de Don Felix, el qual, vna noche cansado ya de su resolucion, y estando cierto que yo estava recogida en mi celda con sus tias, que me querian como hija, venciendo con dineros la facilidad de vn moço, que tenia las llaves de la puerta de la casa, le pidió que le dexasse salir, que queria llegar hasta la de su padre, que no estava lexos, que luego daria la buelta: hizolo el poco fiel guardador preveniendole su peligro; y èl facilitandolo todo, lleno de armas, y galas salió, y apenas puso los pies en la calle, quando dieron con èl mi padre, y hermano, las espadas desnudas, que hechos vigilantes espías de su opinion, no dormian, sino a las puertas del

Convento. Era mi hermano muy atrevido, quanto Don Felix prudente, causa para que a la primera ida, y venida de las espadas, le atravesò Don Felix la fuya por el pecho, y sin tener lugar, ni aun de llamar à Dios, cayò en el suelo de todo punto muerto. El moço que tenia las llaves, como aun no avia cerrado la puerta, por ser todo en vn instante, recogió a Don Felix antes que mi padre, ni la justicia pudiesen hazer las diligencias que les tocava. Vino el dia, supose el caso, diòse sepultura al malogrado, y yo ignorante del caso, sali a vn locutorio, a ver a Doña Isabel, que me estava aguardando llena de lagrimas, y sentimientos, porque pensava ella, siendo yo muger de su hermano, serlo del mio, a quien amò tiernamente. Previnome del suceso, y de la ausencia que Don Felix queria hazer de Baeza, y de toda España, porque se dezia que el Corregidor tratava de sacarle de la Iglesia mientras venia vn Alcalde de la Corte, por quien se avia embiado a toda priessa. Considera, Fabio, mis lagrimas, con tan tristes nuevas, que fue mucho no costarme la vida, y mas viendo que aquella misma noche avia de ser la partida de mi querido dueño a Flandes, refugio de delinquentes, y seguro de desdichados; como lo hizo, dexando orden en mi regalo, y cuydado a su padre de amansar las partes, y negociar su buelta. Con esto, por vna puerta falsa, que se mandava por la estancia

de las monjas, y no se abria, sino con licencia del Vicario, y Abadesa, saliò dexandome en los brazos de su tia, casi muerta, donde me trasladò de los suyos, por no aguardar à mas ternezas, tomando el camino de Barcelona, donde estavan las Galeras que avian traído las compañías, que para la expulsion de los Moriscos avia mandado venir la Magestad de Felipe Tercero, y aguardavan al Excelentissimo Don Pedro Fernandez de Castro Conde de Lermos, que iba a ser Virrey, y Capitan General del Reyno de Napoles. Supo mi padre la ausencia de D. Felix, y como discreto, trazò, ya que no se podia vengar del, hazerlo de mi. Y la primera traça, que para esto diò, fue tomar los caminos, para que, ni a su padre, ni a mi viniessen cartas, tomandolas todas, y no fue mal acuerdo, pues así sabia el camino que llevaba, que los Cavaleros de la calidad de mi padre, en todas partes tienen amigos a quien cometer su vengança. Passaron veinte dias de ausencia, pareciendome a mi veinte mil años, sin aver tenido nuevas de mi ausente. Y vn dia que estava conmigo mi suegro, y cuñado, entrò vn cartero, y diò a mi suegro vna carta, diziendo ser de Barcelona, que lo que despues supe, avia sido, echada en el correo, dezia así:

Mucho siento aver de ser el primero que de à v. m. tan malas nuevas

más aunque quisiera excusarme , no es justo dexar de acudir à mi amistad , y obligacion. Anoche , saliendo el Alferes Don Felix Ponce de Leon , su hijo de v. m. de una casa de juego , sin saber quien , ni como , le dieron de puñaladas , sin darle lugar , ni aun de imaginar quien fuesse el agresor. Esta mañana le enterramos , y luego despachè esta para que v. m. lo sepa , à quien consuele N. Señor , y de la vida que sus servidores deseamos. A Sarabia passaré conmigo à Napoles , si v. m. no manda otra cosa. Barcelona 20. de Junio.

El Capitan Diego de Mesa.

Ay Fabio, y q̄ nuevas, no quiero traer a la memoria mis estremos, basta dezir que las creí, por ser este Capitán muy amigo de D. Felix, cō quien él tenia correspondencia, y a quiē pensava seguir en este viage: Y pues las creí, por esto podràs, cōjeturar mi sētimiēto, y lagrimas. No quieras saber mas, sino q̄ sin hazer mas informacion, otro dia tome el habito de Religiosa, y cōmigo, para consolarme, y acompañarme, Doña Isabel, q̄ me queria ternísimamēte. Vè prevenido, discreto Fabio, de q̄ mi padre fue el q̄ hizo este engaño, y escrivio esta carta; y como cogia todas las q̄ venian, por que D. Felix, como llegó a Barcelona, hallò embarcado al Virrey, y sin tener lugar de escrivir, mas que quatro renglones, avisando de como esse dia partian las Galeras, se embarcò, y con el Sarabia, que no

le avia querido dexar, temeroso de su peligro: pedia que le escriviessemos a Napoles, donde pensava llegar, y desde allí dár la buelta a Flandes. Pues como su padre, y yo no recibimos esta carta, pues en su lugar vino la de su muerte, y la tuviessemos por cierta, no escrivimos mas, ni hizimos mas diligencia, que cumplido el año, hazer Doña Isabel, y yo nuestra profesion con mucho gusto, particularmente en mi, pareciendome que faltando Don Felix, no quedava en el mundo quien me mereciesse. A vn mes de mi profesion, murió mi padre, dexandome heredera de quatro mil ducados de renta, los quales no me pudo quitar, por no tener hijos; que aunque tenia enojo, en aquel punto, acudiò a su obligacion. Estos gastava yo largamente en cosas del Convento; y así era señora del, sin que se hiziesse en todo mas que mi gusto. Don Felix llegó a Napoles, y no hallando cartas allí, como pensò, enojado de mi descuydo, sin querer escrivir, viendo que se partian cinco compañías a Flandes, y que en vna dellas le avian buuelto a dár la vandera, se partiò, y en Bruselas, para desapassionarse de mis cuydados, diò los suyos a damas, y juegos en que se divirtió de manera, que en seis años, no se acordò de España, ni de la triste Iacinta que avia dexado en ella: pluviera a Dios se estuviera hasta oy, y me huviera dexado en mi quietud sin averme sujetado a tantas desdichas;

chas; pues para traerme a ellas, al cabo deste tiempo, trayendo a la memoria sus obligaciones, diò la buelta a España, donde entrando al anochecer, sin ir a la casa de sus padres, se fue derecho al Convento, y llegando al torno, a tiempo que querian cerrarle, preguntò por Doña Iacinta, diciendo que la traía vnas cartas de Flandes: era tornera vna de sus tias, y deseosa de saber lo que me queria, pareciendole novedad que me buscasse nadie fuera de su padre de Don Felix, que era la visita que yo siempre tenia, se apartò vn poco, y llegando se luego, preguntò quien buscava a Doña Iacinta, que yo soy? Este engaño no a mi, dixo Don Felix, que el Soldado que me diò la carta, me diò tambien a conocer su voz. Viendo la sutileza la mensagera, a toda diligencia me embiò a llamar por saber tales enigmas, y como lleguè preguntando quien me buscava, y conociesse D. Felix mi voz, se llegó, diciendo: Era tiempo, Iacinta mia, de verte? O Fabio, y que voz para mi, aora parece que la escucho, y siento lo que senti en aquel punto! Así como conoci en la habla a Don Felix, no quieras mas de que considerando en vn punto las falsas nuevas de su muerte, mi estado, y la imposibilidad de gozarle, despertando mi amor que avia estado dormido, di vn grito, formando en èl vn ay, tan lastimoso, como triste, y di conmigo en el suelo, con vn desmayo tan cruel, que me durò tres dias estar como

muerta, y aunque los Medicos declaravan que tenia vida, por mas remedios que se hazian, no podian bolverme en mi. Recogiose Don Felix a vna quadra dentro de la sala, que devió de ser la misma en que primero estubo, donde viò a su hermana, porque avia en ella vna rexa donde nos hablavamos, de quien supo lo hasta allí sucedido, que viendo que estava professa, fue milagro no perder la vida. Encargole el cuydado de mi salud, y el secreto de su venida, porque no queria que la supiesse su padre, que ya su madre era muerta. Yo bolvi del desmayo, mejorè del mal; porque guardava el Cielo mi vida para mas desdichas, y sali a ver a Don Felix. Lloramos los dos, y concertamos de que Sarabia fuesse a Roma por licencia para casarnos, pues la primera palabra era la valedera. Mientras yo juntava dineros que llevasse, passaron quinze dias, en cuyo tiempo bolvimos a vivir amor, y las persuasiones de Don Felix a tener la fuerça que siempre avian tenido, y mi flaqueza a rendirse. Y pareciendonos que el Breve del Papa estava seguro; fiandonos en la palabra dada, antes de profesiòn, di orden de aver la llave de la puerta falsa, por donde salio Don Felix para ir a Flandes, la qual le di a mi amante, hallandose mas glorioso que con vn Reyno. O caso atroz, y riguroso! pues todas, ò las mas noches entrava a dormir conmigo; era facil, por aver vna celda que yo avia

la

labrado de aquella parte. Quando confidero esto, no me admiro, Fabio, de las desdichas que me siguen, y antes alabo, y engrandezco el amor, y misericordia de Dios en no embiar vn rayo contra nosotros. En este tiempo se partiò Sarabia a Roma, quedandose D. Felix escondido: con determinacion de que no se supiesse que estava alli hasta q̄ el Breve viniessse. Pues como Sarabia llegò a Roma, y presentò los papeles, y vn memorial que llevaba para dár a su Santidad, en el qual se dava cuenta de toda la sustancia de el negocio, y como entrava en el Convento; caso tan riguroso a sus oídos, que mandò el Papa, que pena de excomunion mayor latæ sententiæ, pareciesse Don Felix ante su Tribunal, donde sabiendo el caso mas por entero daria la dispensacion, dando por ella quatro mil ducados. Pues quando aguardavamos el buen suceso, llego Sarabia con estas nuevas: empecè a sentir con mayores estremos el ausentarse D. Felix, temiendo sus descuydos; el qual con la misma pena me pidió que me saliesse de el Convento, y fuesse con èl a Roma, y que juntos alcançariamos mas facilmente la licencia para casarnos. Dixo a vna muger que amava, que fue facilitar el caso, porque la siguiente noche tomando yo cantidad de dineros, y joyas que tenía, dexando escrita vna carta a Doña Isabel, y dexandole el cuydado, y gobierno de miazienda, me pu-

se en poder de Don Felix, que en tres mulas que tenía Sarabia prevenidas, quando llegò el dia, ya estavamos bien apartados de Baeza, y en otros doze nos hallamos en Valencia, y tomando vna salva, cò harto riesgo de las vidas, y mil trabajos, llegamos a Civitavieja, y en ella tomamos tierra, y vn coche en que llegamos a Roma. Tenia Don Felix amistad con el Embaxador de España, y algunos Cardenales, q̄ avian estado en la Ciudad de Baeza, con cuyo favor nos atrevimos a hecharnos a los pies de su Santidad, el qual mirando nuestro negocio con piedad, nos absolvió; mandando que diessemos dos mil ducados al Hospital Real de España que ay en Roma; y luego nos desposò, con condicion, y en penitencia del pecado, que no nos juntassemos en vn año, y si lo hiziessemos, quedasse la pena, y castigo reservado a èl mismo. Estuvimos en Roma visitando aquellos Santuarios, y confessandonos generalmente, en cuyo intermedio supo D. Felix, como la Condesa de Gelves. Doña Leonor de Portugal, se embarcava, para venir a Zaragoza, de donde avian hecho a Don Diego, Pimentel, su marido Virrey. Y pareciendole buena ocasion para venir a España, y a nuestra tierra a descansar, me traxo a Napoles, y acomodò por via de el Marqués de Santa Cruz, con las damas de la Condesa, y èl se llegó a la tropa de los acompañantes. Tuvo la fortuna el fin que se sabe,

porque forçados de vna tormentata, nos obligò a venir por tierra; bastava yo Fabio venir alli. Finalmente mi Esposo, y yo venimos a Madrid, y en ella me llevò a casa de vna deuda fuya, viuda, y que tenia vna hija, tan dama como hermosa, y tan discreta como gallarda, donde quiso que estuvièssè, respeto de aver de estàr apartados lo que faltava del año. El presentò los papeles de sus servicios en el Consejo de Guerra, pidiendo vna compañía, pareciendole que con título de Capitan, y nuestra hacienda, serà Rey en Baeza, premissas ciertas de su pretèssion. Avia salido orden de su Magestad, que todos los soldados pretendientes fuèssen a servirle à la Mamora, que a la buelta les haria mercedes; y como Don Felix, respeto de aver servido tan bien, le honrasen para esta ocasion, con el deseado cargo de Capitan, no le dexaron sus honrados pensamientos acudir a las obligaciones de mi amor. Y asì vn dia que se viò conmigo delante sus parientas, me dixo: Amada Iacinta, ya sabes en la ocasion que estoy, que no solo a los Cavalleros obliga, mas a los humildes, si nacieron con honra, esta empreña; no puede durar mucho tiempo, y caso que dure mas de lo que agora imagina, como vn hombre tenga lo que ama consigo, y no le falte vna possada honrada, vivir en Argel, ò en Còstantinopla, todo es vivir, pues el amor haze los campos Ciudades, las choças Palacios. Digote esto,

porque mi ausencia no se escusa, por tan justos respetos, que si los atropellasse, daria mucho que dezir. Tan honrosa causa disculpa de amor, si quieres dàr esse nombre a mi partida. La confiança que tengo de ti me escusa el llevarte, que sino fuera esto, me animara a que en mi compañía, empegaras a padecer de nuevo, ò ya viendome a mi cercado de trabajos, ò llegando ocasion de morir juntos. Mas serà Dios servido, que en sofegandose estas reboluciones, y yo tenga lugar de venir à gozarte, ò por lo menos, embiar por ti donde me emplee en servirte, que bien sè la deuda en que estoy a tu valor, y voluntad; mi esposa eres, siete meses nos faltan para poder yo libremente tenerte por mi. La honra, y acrecentamiento que yo tuviere es tuya. Tèn por bien, señora mia; esta jornada, pues ahorrars con esto parte del pesar que has de tener, y yo tengo. En casa de mi tia quedas, y con la deuda de ser quien eres. Lo necesario para tu regalo, no te ha de faltar. A mi padre, y hermana dexo escrito, dandoles quenta de mis sucessos a ti vendrán las cartas, y dineros. Con esto, y las tuyas tendrè mas animo en las ocasiones, y mas esperanças de bolverte aver. Yo me he de partir esta tarde, que no he querido hasta este punto dezirte nada. Por tu vida, y la mia, que mostrando en esta ocasion el valor que en las demàs has tenido, escuses el sentimiento, y no me niegues la

licen-

licencia que te pido. Con vn mar de lagrimas en mis ojos escuchè ser discreto Fabio a mi Don Felix, pareciendome en aquel punto mas galan, y mas amoroso, y mi amor mayor que nunca; aviale de perder, que mucho que para atormentarme vrdiesse mi mala fuerte esta cautela? Queriale responder, y no me dava lugar la passion, y en este tiempo considerè que tenia razon en lo que dezia: y asì le dixè con muy turbadas palabras, que mis ojos respondian por mi, pues que ellos hazian tal sentimiento, passando entre los dos palabras amorosas, mas para aumentar la pena, que considerarla. Llegò la hora en que le avia de perder para siempre: partiòse al fin Don Felix, y quedè como el que ha perdido el juizio, porque ni podia llorar, ni hablar, ni oir los consuelos que dava Doña Guiomar, y su madre que me dezian mil cosas, y consuelos para desembelesarme. Finalmente costò la perdida de mi dueño tres meses de enfermedad, que estuve yà para desamparar la vida. Pluguiera el Cielo que me hiziera este bien; mas quando le reciben los desdichados, ni aun de quien tiene tantos que dar? En todo este tiempo no tuve cartas de Don Felix, y aunque pudieran consolarme las de su padre, y hermana, que alegres de saber el fin de tantas desdichas, y prevenidas de mil regalos, y dineros; que me davan el parabien, pidiendome, que en bolviendo Don Felix, tra-

tassemos de irnos a descansar en su compania, no era posible que hinchessen el vazio de mi cuydado: la voluntad, la qual me dava mil sospechas de mi desdicha; porque tengo para mi, que no ay mas ciertos Astrologos que los amantes. Mas avian passado de quatro meses que passava esta vida, quando vna noche, que parece que el sueño se avia apoderado mas de mi que otras (porque como la fortuna me diò à Don Felix en sueños, quiso quitarme de la misma fuerte) soñava que recibia vna carta fuya, y vna caxa, que parecia traer algunas joyas, y yendole a abrir, hallè dentro la cabeça de mi esposo. Considera, Fabio, que fueron los gritos, y las voces que di tan grandes, despertando con tantas lagrimas, y congojas, y ansias, que parecia que se me acabava la vida; yà desmayandome, y yà tornando en mi, a puras voces que me dava Doña Guiomar, y agua que me hechava en el rostro. Conteles el sueño, y ella, y su madre, y las criadas, no offavan apartarse de mi por el temor con que estava pareciendome que à todas partes que bolvia la cabeça, via la de Don Felix. Hasta que se llegò la mañana, que determinaron llevarme à mi Confessor, para que me confessasse; por ser vn Sacerdote muy bien entendido, y Theologo. Al tiempo de salir de mi casa, oì vna voz, aunque las demas no la oyeron. Muerto es, sin duda, donde Felix. Con ta-

les agujeros, puedes creer, que no hallé consuelo en el Confessor; ni le tenia en cosa criada. Pasé así algunos dias, al cabo de los quales vinieron las nuevas de lo que sucedió en la Mamora, y con ellas la relacion de los que en ella se ahogaron, viniendo casi en los primeros D. Felix. De aqui algunos dias llegó Sarabia, que fue la nueva mas cierta; el qual contó, como yendo a tomar puerto las naves, en competencia vnas de otras, dos dellas se hizieron pedaços, y se fueron a pique, sin poderse salvar de los que iban en ellas, ni tan solo vn hombre. En vna destas iba Don Felix, armado de vnas armas dobles, causa de que cayendo en la mar, no bolvió a parecer mas; echó algunos fuera, él no fue visto; así acabó la vida en tan desgraciada ocasion, el mas galan moço que tuvo la Andalucía, porque à treinta años acompañavan las mas gallardas partes que pudo formar la naturaleza. Cansarte en contar mi sentimiento, mis ansias, mi llanto, sería pagarte mal el gusto con que me escuchas, solo te digo, que en tres años, ni supe que fue alegría, ni salud. Supieron su padre, y hermana el suceso, trataron de llevarme, y restituirme a mi Convento; mas yo, aunque sentia con tantas veras la muerte de mi esposo, no lo acepté, por no bolver a los ojos de mis deudos sin su amparo; ni menos con las Monjas, respecto de aver sido causa de su escandalo; demás, que mi poca salud no me dava lugar de

ponerme en camino, ni bolver de nuevo a sufrir la carga de la Religion; antes di orden que Sarabia, a quien ya tenia por compañero en mis fortunas se fuesse a gobernar mi hazienda, y yo quedé en compañía de Doña Guiomar, y su madre, que me tenian en lugar de hijas; y no hazia mucho, pues gastava con ella toda mi renta. Aconsejavanme algunas amigas que me casasse, mas yo no hallava otro Don Felix que satisficisse mis ojos, ni hinchesse el vazío de mi corazón, aunque no lo estava de su memoria, ni mis compañeras quisieran que le hallara, mas para mi desdicha le halló amor, que quizá estava agraviado de mi descuydo. Visitava a Doña Guiomar vn mancebo noble, rico, y galan, cuyo nombre es Celio, tan cuerdo, como falso, pues sabia amar quando queria, y olvidar quando le dava gusto, porque en él las virtudes, y los engaños están como los ramilletes de Madrid, mezclados ya los olorosos claveles, como hermosas mosquetas, con las flores campesinas, sin olor, ni virtud ninguna. Hablaba bien, y escribía mejor, siendo tan diestro en amar, como en aborrecer. Este mancebo que digo, en mucho tiempo que entró en mi casa, jamás se le conoció designio ninguno, porque con llaneza, y amistad entretenia la conversacion; siendo tal vez el mas puntual en prevenirme consuelos a mi tristeza, vnas vezes jugando con Doña Guiomar,

y otras

y otras diciendo algunos versos, en que era muy diestro. Passava el tiempo, teniendo en todo lo que intentava, mas acierto que yo quisiera. Igualmente nos alabava; sin ofender a ninguna nos queria; yà engrandecia la donçella; yà encarecia la viuda; y como yo tambien hazia versos, competia conmigo en ellos; admirandole, no el que yo los compusiese; pues no es milagro en vna muger, cuya alma es la misma que la del hombre, ò porque naturaleza quiso hazer esta maravilla, ò porque los hombres no se desvaneciesen, siendo ellos solos los que gozan de sus grandezas, sino porque los hazia con algun acierto. Jamàs mirè à Celio para amarle, aunque nunca procurè aborrecerle, porque si me agradava de sus gracias, temia sus despegos, de que èl mismo nos dava noticia; particularmente vn dia, que nos contò como era querido de vna dama, y que la aborrecia con las mismas veras que le amava, gloriandose de las sinrazones, con que la pagava mil ternezas. Quien pensara, Fabio, que esto despertàra mi cuydado, no para amarle, sino para mirarle con mas atencion que fuera justo. De mirar su gallardia, renaciò en mi vn poco de desseo, y con desear, se empezaron a enjugar mis ojos, y fui cobrando salud, porque la memoria empezò a divertirse tanto, que de el todo le vine a querer; si bien callava mi amor, por no parecer liviana, hasta que èl mismo traxo la

ocasion por los cabellos, y fue pedirme, que hiziera vn soneto a vna dama, que mirandose a vn espejo, diò en èl el Sol, y la deslumbrò. Y yo aprovechandome della, hize este Soneto.

*En el claro cristal del desengaño
se mirava Iacinta descuydada,
contenta de no amar, sin ser amada,
viendo su bien en el ageno daño.*

*Mira de los amantes el engaño,
la voluntad, por firme, despreciada
y de averla tenido, escarmentada,
huye de amor el proceder extraño.*

*Celio sol desta edad, casi embidioso,
de ver la libertad con que vivia,
essenta de ofrecer à amor despojos.*

*Galan, discreto, amante, y dadioso,
reflexos que animaron su ossadia,
diò en el espejo, y deslumbrò sus ojos.*

*Sintió dulces enojos,
y apartando el cristal, dixo piadosa
por no aver visto à Celio, fui animosa.*

*T aunque llegue à abrasarme,
no pienso de sus rayos apartarme.*

Recibiò Celio con tanto gusto este papel, que pensè, que yà mi ventura era cierta: y no fue sino, que à nadie le pesa de estar queriendo; alabò su ventura, encareciò su suerte, agradeciò mi amor, dando muestras del suyo, y dandome à entender, que me le tenia desde el dia que me viò, solemnizò la traza de darle à entender el mio, y finalmente armò laços en que acabasse de caer, solemnizando en vn romance mi hermosura, y su suerte. Ay de mi! que quando considero las

estratagemas con que los hombres rinden las mugeres, digo, que todos son traydores, y el amor guerra, y batalla campal, donde el amor combate a sangre, y fuego al honor, Alcayde de la fortaleza del alma. De mi te digo, Fabio, que aunque ciega, y mas cautiva a esta voluntad, no dexo de conocer lo que he perdido por ella; pues quando no sea sino por aver dexado de ser cuerda, queriendo a quien me aborrece, basta este conocimiento para tenerme arrepentida, si durasse este proposito. En fin, Celio, es el mas sabio, para enganar, que yo he visto, porque supo dar tal color de verdadero a su amor, que le creyera, no solo a vna muger que sabia la verdad de vn hombre que se precio de tratarla, sino a las mas astutas, y matreras. Sus visitas eran continuas, porque mañana, y tarde estava en mi casa, tanto, que sus amigos llegaron a conocer (en verle negar à su conversacion) que la tenia con persona que la merecia, en particular vno de su nombre, con quien la conservò mas que con ninguno, y a quien contava sus empleos, que segun me dixo el mismo Celio, me tenia lastima, y le rogava no me hablasse, si me avia de dar el pago que a otras. Sus papeles eran tantos, que fueron bastantes a bolverme loca. Sus regalos tan a tiempo, que parecia tener de su mano los movimientos del cielo. Yo simple, ignorante de estas traiciones, no hazia sino aumentar amor sobre amor, y si bien se le

tuve siempre, con proposito de hazerle mi esposo, que de otra manera, antes me dexara morir, que darle a entender mi voluntad; y en ello entendi hazerle harto favor. Celio no debia de pensar esto, segun pareció, aunque no ignorava lo que ganara en tal casamiento; mas yo con mi engaño estava tan contenta en ser suya, que ya de todo punto no me acordava de D. Felix, solo en Celio estava empleados mis sentidos, si bien temerosa de su amor, porque desde que le empezé a querer, temi perderle: y para assegurarame deste temor, vn dia, que le vi mas galan, y mas amante, le contè mi pensamiento, diziendole; que si como tenia quatro mil ducados de renta, tuviera todas las riquezas del mundo, de todas le hiziera señor. Seguia Celio las letras, y en ellas tenia mas acierto, que yo ventura, con lo que cortó a mi pretension la cabeza, diziendo, que èl avia gastado sus años en estudios de letras divinas, con proposito de ordenarse de Sacerdote, y que en esto tenian puesto sus padres los ojos, fuera de aver sido esta su voluntad; y que supuesto esto, que le mandasse otras cosas de mi gusto, que no siendo esta, las demás haria, aunque fuesse perder la vida: y que en razon de assegurarame de perderle, me dava su fe, y palabra de amarme mientras le durasse la que tenia. Lo que senti en ver defraudadas mis esperanças, confirmandose en todo mis temores, y rezelos, pues siendo

quien

quien soy, no era justo querer, sino era al que avia de ser mi legitimo marido, y respecto de esto avia de tener fin nuestra amistad, dieron lagrimas mis ojos, y mas viendo a Celio tan, cruel, q̄ en lugar de enjugarlas, pues no podia ignorar que nacian de amor, se levantò, y se fue, dexandome bañada en ellas, y así estuve toda aquella noche, y otro dia, hasta que allà a la tarde vino Celio a disculparse, con tanta tibieza, que en lugar de enjugarlas, las aumentò: Esta fue la primera ingratitud q̄ Celio vsò conmigo: y como a vna figuen muchas, empezó a descuydarse de mi amor, desuerte, que ya no me via, sino de tarde en tarde, ni respondia a mis papeles, siendo otras vezes objeto de su alabanza. A estas tibiezas dava por disculpa, sus ocupaciones, y amigos, y con ellas ocasiõ a mis tristezas, y desafiossiegos, tanto, que ya las amigas, que adoravan mis donayres, y entretenimientos, huían de mi, viendome con tanto disgusto. Acompañò su desamor, con darme zelos. Visitava damas, y dezia lo q̄ era lo peor con que irritando mi colera, y ocasionando mi furor, empezó a ganar en su opinion nombre de mal acondicionada; y como su amor fue fingido, antes de seis meses se hallò tan libre del, como si nunca le huviera tenido; y como ingrato a mis obligaciones, diò en visitar a vna dama libre, y de las que tratan de tomar plazer, y dineros, y hallòse tan bien con esta amistad,

porq̄ no le rezelava, ni apretaria q̄ no se le diò nada que yo lo supiese, ni hazia caso de las quejas que yo le dava por escrito, y de palabra, las vezes q̄ venia, que eran pocas. Supe el caso por vna criada mia, que le siguiò, y supo los pasos en que andava. Escrivi a la muger vn papel, pidiendole no le dexassen entrar en su casa. Lo que resultò desto, fue no venir mas a la mia, por darse mas enteramente a la otra. Yo triste, y deseparada, se me passavan los dias, y las noches, llorando: mas para que te canso en estas cosas, pues con dezir que cerrò los ojos a todo, basta.

Fue fuerça en medio destes successos, irse a Salamanca: y por no bolver a verme, se quedò allí aquel año. Lo q̄ en esto senti, te lo dirà este traje, y este monte, donde siendo yo quien sabes, me has hallado. A pocos dias que estava en Salamanca, supe que andava de amores, por nuevo, por galan, y cortesano; cuyas nuevas senti tanto, que pensè perder el juicio. Escrivile vnas cartas, no tuve respuesta. En fin me determinè ir a aquella famosa Ciudad, y procurar con caricias, bolver a su gracia; y ya q̄ no estorvasse sus amores, por lo menos llevava determinacion de quitarme la vida. Mira, Fabio, en que ocasiones se via mi opinion; mas que no hará vna muger zelosa? Comuniqué mi pensamiento con Doña Guiomar, con quien descansava,

y viendo que estava resuelta, no quiso dexarme partir sola. Entrava en casa vn Gentil-hombre, cuya amistad, y llaneza era de hermano, al qual rogò Doña Guiomar, y su madre, que me acompañasse: El lo aceptò, y alquilando dos mulas, salimos de Madrid bien prevenidos de joyas, y dineros. Y como yo sè tan poco de caminos, por que los que avia andado en compañía de Don Felix, avian sido con mas recato. En lugar de tomar el camino de Salamanca, el traydor que me acompañava, tomò el de Barcelona, y antes de llegar a ella media legua, me quitò quanto llevava, y con las mulas se bolvió por do avia venido. Quedè en el campo sola, y desesperada, con intento de hazer vn disparate. En fin, a pie empecè a caminar, hasta que sali del monte al camino real, donde hallè gente, a quien preguntè, que tanto estava de alli Salamanca? De que se rieron, respondome, que mas cerca estava de Barcelona; en lo que vi el engaño del taylor, que por robarme me traxo alli. Animeme, y a pie lleguè a Barcelona, donde vendiendo vna sortixilla de hasta diez ducados, que por descuydo me quedò en el dedo, comprè este vestido, y me cortè el cabello. Desta suerte vine a Monferrate, donde estuvé tres dias, pidiendo a aquella Santa Imagen me ayudasse, y favoreciesse en mis trabajos, y llegando a pedir a los Padres me dieron algo que poder comer, me pre-

guntaron, si queria servir de zagal, para traer al monte este ganado: Yo, viendo tan buena ocasion, para que Celio, ni nadie sepa de mi, y yo pueda llorar mis desdichas, accettè el partido, donde ha quatro meses que estoy, con proposito de no bolver eternamente donde nadie me vea. Esta es la ocasion de mis desdichadas quejas, que te dieron motivo a buscarme: en estas ocasiones me ha puesto amor, y en ellas pienso acabar mi vida. Atento avia estado Fabio a las razones de Iacinta, y viendo que avia dado fin, le respondiò asì: Por no cortar el hilo, discreta Iacinta, a tus lastimosos sucessos, tan bien sentidos, como bien dichos, no he querido dezirte, hasta que les diesles fin, que soy Fabio, el amigo de Celio, que dixiste que estava tan lastimado de tu empleo, quanto deseoso de conocerte. Con tales colores has pintado su retrato, que quando yo no supiera tus desdichas, y por ellas conociesse, desde que le nombraсте, que eras el dueño de las que yo tengo tan sentidas como tu, conociera luego tu ingrato amante, a quien no culpo, por ser essa su condicion, y tan sujeto a ella, que jamàs en esto se valiò de su entendimiento para poder vencerle: muchas prendas le he conocido, y a toda ha dado esse mesmo pago, y tenido essa misma correspondencia. De lo que puedo assegurarste, despues de dezirte, que pienso que su estrella le inclina a querer donde es abor-